

Alfredo Joignant, *Acting Politics. A Critical Sociology of the Political Field* (Nueva York y Abingdon, UK: Routledge, 2019).

RESEÑA

EL MISTERIO DEL PODER DE LAS IDEAS

José Joaquín Brunner

Universidad Diego Portales

I.

Del excelente libro de Alfredo Joignant (2019), *Acting Politics. A Critical Sociology of the Political Field*, elijo para este comentario el tema del “poder de las ideas” —un asunto fundamental—, al cual el autor dedica un capítulo completo y además menciona en diversas partes del texto.

Desde el comienzo, el autor se sitúa en la perspectiva del giro ideacional, cuya consigna es *ideas matter* (las ideas importan: Blyth 1997; 2002; 2003; Carstensen 2013), sin abandonar por completo la atención prestada tradicionalmente por la sociología a los intereses materiales y las instituciones. Menciona, por ejemplo, la lucha de ideas y las hegemónicas que ellas crean, aunque precisa tempranamente que las ideas no tienen poder en sí, intrínseco, en el sentido de una fuerza ilocucionaria. Al contrario, si algunas se vuelven hegemónicas, se debería a que encuentran agentes, recursos y medios cuyo poder específico incorpora a dichas ideas en su despliegue de campo. Algo similar sostenía Gramsci (1997) en su reflexión sobre los intelectuales.

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER. PhD en sociología por la Universidad de Leiden, Países Bajos. Profesor titular de la Universidad Diego Portales. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile. Email: josejoaquin.brunner@cpce.com.

En breve, el poder de las ideas residiría, dice nuestro autor, en “la articulación política de las ideas, conectadas con el malestar e interés de ciertos grupos y con fallas de sentido en el campo político” (Joignant 2019, 156, en adelante citado sólo con el número de página entre paréntesis). Explicar ese poder sería una tarea de las ciencias sociales. Con la confianza de que únicamente los practicantes de estas disciplinas solemos tener en su poder explicativo, Joignant, en efecto, declara: “Solo la sociología puede revelar el misterio de las ideas y luego deconstruir los mecanismos de su éxito” (156).

Parte del “misterio de las ideas” y su poder en el campo político podría develarse observando el papel que cumplen ciertos agentes que actúan como proveedores de ideas u operan con ellas haciéndolas circular e interpretando su sentido: intelectuales públicos, cientistas sociales, empresarios del sentido y doxósofos, como llama Bourdieu (1988, 1) a aquellos “personajes ambiguos, que tienen un pie en la ciencia y otro en el objeto de la ciencia: sabios aparentes, se sirven de la apariencia de ciencia que saben exhibir, para intervenir, a nombre de la ciencia, en la realidad que ellos fingen analizar; sabios de la apariencia, ellos dominan también las recetas y las astucias de la representación política para explotarlas bajo apariencia de analizarlas”; personajes similares, por tanto, a la figura que los ingleses llaman *pundits* y la prensa de los EE.UU., *talking heads*.

Entre los intermediadores de ideas, Joignant trata con cierta fascinación al *technopol*, cuyo capital es académico y político a la vez y que actuaría como un doble agente en ambos campos: a veces como correa transportadora de teorías que vienen del norte, dice el autor y, en otras ocasiones, asumiendo el papel de consejero experto del Príncipe.

Otras partes del misterio permanecen irresueltas, sin embargo, debido (y cito) a la “naturaleza vaga de aquello que es transmitido por el término ‘idea’, cuyo contenido y anatomía, así como también sus efectos políticos, son desconocidos” (158). Y no sólo eso. Debe considerarse, adicionalmente, la complejidad proveniente de la variedad de instancias de recepción y de receptores —públicos, audiencias y usuarios—, así como de correas de transmisión, filtros selectivos y discursos dominantes que operan en el campo político.

Esta aproximación a las ideas y sus articulaciones de poder podrían llevarnos a pensar que su autonomía desaparece, subsumida por una

densa trama de actores, instancias y mecanismos. No lo entiende así nuestro autor.

Más bien, puede postularse que existe una fuerte tensión en el esquema interpretativo utilizado por él, que en algunos momentos se expresa mediante ciertas ambigüedades, como ocurre en el siguiente párrafo que traduzco del inglés libremente:

Quando unas ideas ideológicas se emancipan de quienes las producen y adquieren una suerte de vida propia, gatillando controversias más allá del control y la intención de los autores de un texto particular, es porque dichas ideas se han vuelto parte de la realidad, abriendo las puertas a toda índole de usos y abusos, como puede verse con toda claridad cuando las ideas en disputa se convierten en un pretexto para luchas sobre otras cosas. (163)

Este críptico enunciado sobre la emancipación de las ideas y su uso y abuso cuando los autores pierden su control sobre ellas nace de la reflexión de Joignant sobre la suerte corrida por *El otro modelo* (Atria et al. 2013), volumen del cual él es coautor. Sostiene que las controversias que rodearon la recepción de aquel *opus* en el campo político proporcionan un buen ejemplo de lo que sucede con las ideas cuando se independizan de sus autores: dejarían de ser controvertidas exclusivamente en el campo académico-intelectual, pasando a formar parte de la controversia política. Ahí, en tanto, sucede con frecuencia que las ideas son discutidas por los agentes del campo no en su propio mérito, sino que más bien son usadas como un recurso entre otros disponibles para la lucha política. Incluso, se queja nuestro autor, el hecho de que tales ideas sean utilizadas allí “no implica necesariamente que hayan sido asimiladas luego de una real lectura del libro” (164).

Estamos pues frente a una paradoja: al parecer, entonces, las ideas sí tienen contenido intrínseco y valor por sí mismas; en tal sentido gozan de cierta autonomía en su campo de origen, el campo intelectual. Pero, al mismo tiempo, al ingresar a otros campos pueden ser manipuladas —mal interpretadas o mal usadas— por receptores y usuarios con motivaciones y fines políticos.

Por mi parte, concluyo que el análisis del poder político de las ideas, conducido bajo un enfoque heredado de Bourdieu, si bien en su momento representó un interesante avance, manifiesta sin embargo las limitaciones de dicho enfoque en cuanto teoría y análisis de campos.

II.

En efecto, desde hace un cierto tiempo, el reconocimiento de esas limitaciones ha dado paso a la emergencia de nuevos enfoques, post-bourdianos podemos llamarlos. Éstos buscan alejarse de la pesadez estructural que posee la comprensión de la sociedad como un número finito de campos separados, cada uno dotado de su propia lógica. Estos campos se hallarían poblados por agentes con funciones claramente definidas que funcionan orientados hacia otros agentes situados dentro del mismo espacio. Allí comparten ciertos sentidos (*meanings*) básicos sobre las reglas del juego de cada campo. Al mismo tiempo, esos agentes están envueltos en una continua lucha de posiciones; entre quienes ocupan las posiciones dominantes —los incumbentes— por un lado y, por el otro, los pretendientes o contendientes, que buscan desalojar a aquéllos para, a su turno, ocupar dichas posiciones.

En una versión post-bourdiana como desarrollan Fligstein y McAdam (2012) en su *Teoría de campos*, por ejemplo, la sociedad entera se concibe como un enjambre de infinitos “campos de acción estratégica”. Estos son variadísimos, cubren todo el espacio de la sociedad, están en continua emergencia, estabilización o transformación, cada uno inserto a su vez en campos mayores y conteniendo dentro de sí campos más pequeños; como una “muñeca rusa”, dicen apropiadamente estos autores.

De modo que los actores colectivos o agencias institucionales —tales como organizaciones, clanes, movimientos sociales, sistemas de gobierno, universidades, disciplinas científicas, sectas e iglesias, ciudades y gremios, etcétera— necesitarían entenderse como integrados por múltiples campos de acción estratégica relacionados entre sí, horizontal y verticalmente. Según declaran Fligstein y McAdam, “suponemos que los campos de acción estratégica se hallen siempre en alguna forma de flujo, dado que el proceso contencioso es continuo y las amenazas al orden se hallan siempre presentes en algún grado” (2012, 12).

Pues bien, en este contexto —el de un enjambre movible de campos, donde las fronteras entre ellos son lábiles y los actores ocupan múltiples posiciones en constante rotación—, ¿cómo podría explicarse el “poder de las ideas”?

Primero que todo, sería necesario cambiar nuestra idea sobre las ideas, yendo más allá de la distinción entre su fuerza performativa y

aquella que les viene de los agentes que las enuncian. Lo mismo, debería evitarse su reducción a contenidos cognitivos bien definidos para dar lugar, según sugiere la literatura del giro ideacional, a una noción de ideas que incluye una infinita variedad de “materiales simbólicos”, tales como concepciones de mundo, ideologías, marcos interpretativos, creencias, narrativas, leyendas, información, noticias (y *fake news* también), *data*, estadísticas, argumentos, declaraciones, conocimientos, citas, traducciones, programas, imágenes y, en general, todo aquello evocado por la metáfora de una continua rotación de signos.

También el alcance de esos flujos ideacionales se expande a la velocidad de internet, a través de una enorme variedad de soportes y medios, a escala global, al mismo tiempo que los mensajes pueden dirigirse ahora hacia audiencias cada vez más finamente segmentadas; desde audiencias globales hasta el memorando que sólo conocen el Príncipe y su consejero áulico. Algo similar ocurre con los soportes y las correas transmisoras de esa profusión de signos de diverso tipo.

La propia noción de productores individuales de ideas necesitaría reemplazarse por la comprensión de los agentes como campos de citas y referencias, citantes y citados ellos mismos, en medio de un flujo de signos que no controlan ni les pertenecen, ni siquiera en cuanto a su interpretación “correcta”.

Tómese de nuevo el caso de *El otro modelo* que utiliza Joignant. Mirado en la perspectiva aquí bosquejada, lo que interesaría analizar es cuáles ideas (materiales simbólicos) selecciona, elabora y vehiculiza aquel *opus* y, en seguida, por qué redes aquéllas circulan; a través de qué campos de acción; impulsadas por cuáles agentes; formando parte de qué controversias; buscando qué posicionamientos estratégicos; integrando cuántas y cuáles coaliciones promotoras de causas y compitiendo con qué alternativas en el mercado de ideas. Sólo de esta forma podría uno aproximarse a una explicación racional del misterioso poder de ciertas ideas.

Para conocer su impacto político, en tanto, se requeriría rastrear su recepción y uso entre élites partidarias y parlamentarias; su intermediación a través de redes de *technopols*; su proyección y eco en los medios de comunicación convencionales, en la blogosfera y en las redes sociales; su incidencia en el campo de la elaboración programática; su incorporación en las redes tecnoburocráticas, y su aplicación en la for-

mulación, diseño, adopción e implementación de políticas públicas sectoriales específicas. En efecto, una parte importante de lo que llamamos impacto de las ideas (y, por ende, de su poder) tiene que ver con el papel de *policy entrepreneurs* —emprendedores de políticas—y su capacidad de “vender” ciertas ideas no sólo en el espacio deliberativo de la *polis*, sino directamente a los tomadores de decisiones (Béland et al. 2016).

Entonces, quizá no sea la sociología bourdiana, como confía Joignant, la que mejor ayude a resolver el misterio del poder de las ideas. O bien, pudiera ser que dicha función les sienta mejor a otras disciplinas, como la historia, por ejemplo, especialmente su rama más sensible al giro ideacional.

Pienso, para no ir más lejos, en Simon Collier (2012, 63-70) y su libro sobre la independencia chilena, donde estudia —con un enfoque semejante al aquí esbozado— “la penetración de las nuevas ideas” independentistas y su circulación a través de las redes de poder emergentes en aquel tiempo. Menciona a grupos de criollos que viajaron a Europa y allí adquirieron nuevos conceptos políticos. Algunos regresaron con considerables colecciones de libros (o sea, ideas) que aquí circularon. En un caso bien documentado fueron 16 cajas con títulos de Rousseau, Montesquieu, Helvetius, D’Holbach, Raynal y Robertson. Otros criollos mantuvieron contacto epistolar con correspondientes en Europa. Además, durante el siglo XVIII, había un extenso contrabando, principalmente inglés y norteamericano, respecto del cual se sospecha que entre los bienes importados se incluían doctrinas revolucionarias. También los ideales de la Revolución Francesa tuvieron eco en Chile, como testimonia el caso del sacerdote Clemente Morán de Coquimbo. Por su lado, el gobernador O’Higgins observó en 1790 que durante una función universitaria se impugnaba con demasiado ardor el origen divino del poder real.

“La evidencia relacionada con el modo preciso que las nuevas ideas fueron recibidas [en Chile] es escasa”, escribe Collier (2012, 68). Sin embargo, resulta plausible pensar que una minoría de criollos educados y descontentos las recibieron y difundieron entre pequeños grupos de futuros patriotas, multiplicando su efecto en la sociedad. Así, por caminos insospechados, comenzaron a fluir las ideas que luego fueron parte de dramáticos cambios en el campo político.

En suma, el poder de las ideas no viene de productores individuales carismáticos ni es vehiculado por agentes con capital político.

Tampoco las ideas se mueven libremente en una esfera ideal, al mando de la academia o de sus contemporáneos en los medios de comunicación, la tecnocracia estatal o la plaza pública. Más bien, el poder de las ideas parece fluir por los infinitos campos de acción estratégica que componen y recomponen continuamente la sociedad; en especial, aquellos más próximos a las elites y a los dispositivos del Estado. Precisamente por eso, según reconocen dos connotadas voces del giro ideacional, el análisis empírico de las ideas y su poder “no es una tarea fácil” (Schmidt y Radaelli 2004, 205). El libro de Joignant da un impulso académico valioso a esa tarea.

REFERENCIAS

- Atria, F., G. Larraín, J. Benavente, J. Couso & A. Joignant, eds. 2013. *El otro modelo. Del orden neoliberal al régimen de lo público*. Santiago: Debate.
- Béland, D., M. B. Carstensen & L. Seabrooke. 2016. “Ideas, Political Power and Public Policy”. *Journal of European Public Policy* 23 (3): 315-317. doi: 10.1080/13501763.2015.1122163.
- Blyth, M. 1997. “Any more bright ideas? The ideational turn of comparative political economy”. *Comparative Politics* 29 (1): 229-250.
- . 2002. *Great Transformations: Economic Ideas and Institutional Change in the Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 2003. “Structures do Not Come with an Instruction Sheet: Interests, Ideas, and Progress in Political Science”. *PS: Political Science and Politics* 1 (4): 695-706.
- Bourdieu, P. 1988. “Penser la politique”. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 71-72: 2-3. Traducción de David Velasco, sj. Disponible en: <https://davidvelasco.files.wordpress.com/2009/01/pensar-la-politica.pdf>.
- Carstensen, M. B. 2013. “Conceptualising Ideational Novelty: A Relational Approach”. *British Journal of Politics and International Relations* 17 (2): 284-297. doi: 10.1111/1467- 856X.12030.
- Collier, S. 2012. *Ideas y política de la independencia chilena, 1808-1833*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Fligstein, N. & D. McAdam. 2012. *A Theory of Fields*. Oxford: Oxford University Press.
- Gramsci, A. 1997. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Joignant, A. 2019. *Acting Politics. A Critical Sociology of the Political Field*. Nueva York y Abingdon, UK: Routledge.
- Schmidt, V. A. & C. M. Radaelli. 2004. “Conceptual and Methodological Issues in Policy Change and Discourse in Europe”. *West European Politics* 27 (2): 183-210. *EP*